



Pentecostés

Aunque en el evangelio de hoy escuchamos que los discípulos estaban encerrados por miedo a los judíos, en la presentación que nos ofrece Lucas en el libro de los Hechos las cosas son un poco diferentes. El miedo no está presente, todo lo contrario. Los seguidores de Jesús están reunidos, *juntos*. Están en el mismo lugar *hombres y mujeres, discípulos y familiares*, y *María* (1, 14). Están *sentados*, dando sensación de tranquilidad, recogidos en una misma serenidad compartida. Y *en oración* anhelante, en espera. Poco antes del episodio que leemos hoy se relata la elección de un discípulo para retomar el número doce, apuntando claramente que tenían conciencia de que el Señor se mantenía en su intención de recrear el pueblo de Israel y desde él toda la humanidad.

Esto debería hacernos pensar, porque si es verdad que existe un miedo paralizante aquí no está. Sin embargo, hay otro miedo seguramente más escondido que hace lo contrario, que moviliza hasta agotar, que nos tiene todo el día de aquí para allá sin parar, hablando, organizando. Un miedo al silencio, a la noche, al encuentro con nosotros mismos y nuestros vacíos, un miedo al encuentro con nuestras responsabilidades y con la misión que nos da el Señor. Un miedo que parece apaciguarse si estamos en un movimiento continuo que nos evite pensar; un movimiento que nos hace creer que dominamos la realidad, pero que en realidad nos agota sin darnos paz. Se trata de un miedo que no nos deja sentarnos juntos con serenidad a compartir la vida, que no nos deja permanecer en silencio, pensar, meditar, contemplar, ponernos honestamente ante el Señor. Y, por tanto, que no nos deja recibir a Dios, incluso si estamos todo el día hablando de él y actuando en su nombre.

Podemos recordar la escena inicial del ministerio de Jesús en el evangelio de Lucas en la sinagoga de Nazaret, paralela a este inicio de la misión de la Iglesia. Los paisanos de Jesús sentados, en silencio, expectantes, escuchan a Jesús. Sin esta actitud no puede percibirse la conmoción que provoca el evangelio, el *estruendo* del Espíritu, porque sin ella el ruido del mundo nos domina. Debemos darnos cuenta de que vivimos en un orden, tanto personal como social y también eclesial, lleno de movimientos casi espasmódicos que no nos deja respirar la serenidad de la vida verdadera, la paz que ofrece Jesús cuando llega a nosotros, el aliento que nos ofrece como resucitado, vivo en Dios y siempre a nuestro lado. Es el consumo agresivo del tiempo y del espacio, este movimiento lleno de inercias, el que en Nazaret no dejó a los paisanos de Jesús, después de haber sentido una cierta conmoción ante sus palabras, reposar y dejarse habitar por ellas, porque enseguida volvieron a la lógica del consumo de vida y gloria: *¿No es este el hijo de José?*, *¿no lo conocemos ya?* ¡Haz!, ¡haz!, ¡haz!..., si nos quieres contigo, milagros que nos salven.

Hoy, se nos invita a meditar el *estruendo* que produce el Espíritu de Jesús, por otra parte siempre discreto, cuando encuentra una rendija para *entrar en toda la casa*, en todos los aposentos de nuestro mundo, de nuestro mundo personal y de nuestro mundo social, un estruendo escondido para los que no saben *cerrar su habitación por dentro* y estar tranquilos esperando al Señor. Hoy se nos invita a comprender que su fuego intenta quemar nuestra vida mediocre y miedosa, y encender la pasión por la vida verdadera, con

sus fragilidades y sus fracasos sí, pero habitada por la atracción de Dios, por su amor, por su paciencia y misericordia, por su perdón, por su creatividad amorosa, por su paz: *Paz a vosotros*, dice el Señor antes de *soplar sobre los discípulos*, como hizo Dios al principio de los tiempos para compartir su vida y poner en pie a la humanidad. ¿Conocemos realmente esta conmoción silenciosa de Dios cuando nos envuelve con su Espíritu?, ¿vive en nosotros?

Solo cuando nos abrimos sin miedo al silencio del Espíritu, al silencio de la compañía de Cristo resucitado, todo se convierte en palabra, en palabra de vida para todos. Solo así se nos dan palabras que todos pueden entender, porque no estarán determinadas por manías personales o por estilos propios, por intentos de dominio o por intentos de seducción escondida, sino que se dejarán mover por la historia del amor de Dios sobre nuestros pecados y miedos, por la historia de la fuerza de Dios sobre nuestras debilidades, por la historia de la bendición de Dios en los caminos de nuestra vida cotidiana.

Los cristianos solo tenemos una palabra que todos pueden entender: la vida concreta de Jesús que se nos ha entregado en la fe. Una vida en la que oímos *la grandeza de Dios*. Los discípulos llenos del Espíritu santo solo tenían esta palabra que todos podían comprender: El Señor es Dios-con-nosotros. Jesús nos ha abrazado en nuestra pequeñez para elevarnos a su altura divina.

Ya no hay que temer ninguna herida que nos mate: él, antes de insuflarnos su Aliento, nos enseña sus llagas curadas. Nos ofrece su Espíritu de resurrección y nos pide que, con él, venzamos el último miedo para que todo el mundo le conozca: Acogeos mutuamente, *perdonaos* unos a otros, y sentaros otra vez juntos conmigo en la mesa de la creación.

Bendiga mi alma al Señor, que envía su Aliento y recrea la faz de la tierra. Hoy bebemos el Espíritu de Cristo celebrando el pentecostés eterno. Seamos bienvenidos a la nueva creación que nos está esperando, que ya está aquí.